

Cervantes en el 304º aniversario de su muerte



«Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no haveinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, éste digo que es el rostro del autor de LA GALATEA y de DON QUIJOTE DE LA MANCHA... Llámase comunmente

Miguel de Cervantes
Saavedra

La muerte del loco

DICHA Cervantes que «como las cosas humanas no sean eternas» y en especial las vidas de los hombres, y «como la de D. Quijote no tiene privilegio especial para detener el curso de la suya» de aquí que el loco y visionario caballero andante, postrado en cama y recobrado el perdido juicio, ya libre «de las sombras caliginosas de la ignorancia» entregase su alma al Supremo Hacedor de Todo.

¿Qué causas son las causas de esa muerte tan inesperada? Y digo inesperada porque a nadie—desconocedor del libro inmortal—que lo leyere por vez primera se le viene a las mientes que el D. Quijote pueda morir.

Veamos las causas que motivan el fin de los días de D. Quijote.

En el último capítulo del libro consta «que ya fuese por la melancolía que le causaba el verse vencido, ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en cama».

Esta es pues la causa. «La melancolía de verse vencido». La impotencia de ver realizado su sueño. «El no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto en Dulcinea, le tiene de aquella suerte».

En cuanto a las palabras de que «por disposición del cielo que así lo ordenaba» he de decir que creo sinceramente que son una mera fórmula. Hay que descartar la suposición que encierran.

Nunca, en ningún pasaje en Cervantes hemos visto asomos ni huellas en fatalismo. Solo el Sr. D. Andrés Ovejero ha creído ver en un pasaje—el de la aventura de D. Quijote al topar con un cuerpo muerto—un rastro de atavismo medieval, con tanto fun-

damento como vé el sentido pagano de la muerte del pastor Crisóstomo.

Nosotros nunca hemos logrado ver ningún rastro de fatalismo, y creemos que Cervantes no fiaba mucho en esos lugares comunes que los modernos han dado en llamar «el dedo del Destino» «el camino que marca la Providencia» etc.

Las cosas, para el padre del mejor libro, no son *por que tienen que ser*—aún cuando los tiempos y las circunstancias le obligan muchas veces a hacer manifestaciones en contrario;—los hechos para él de ninguna manera están escritos en el libro utópico de la Fatalidad; no los mueve el *Deus est machina* del trágico griego.

Para Cervantes la vida, la muerte y todo lo que hay de inestable en el universo, es una lógica o ilógica, pero al fin sucesión y derivación de otros hechos que las engendran. Cree por ejemplo que una mirada de Cleópatra hubiera podido cambiar la faz del mundo.

Así es que descortemos que «la disposición del cielo así lo ordenaba».

La muerte de D. Quijote es producto de su vencimiento moral, es consecuencia de la dispersión en el horizonte de sus dorados ensueños, en una palabra de aquel estado sentimental y melancólico en todo su ser que primero, le postró en cama, y seis días más tarde le hizo entregar su alma. «Quiero decir que se murió.»

Esta melancolía tiene otro origen, una raíz mucho más honda